

## RESEÑAS

Andrew Anthony TIJERINA: *Tejanos and Texas under the Mexican Flag, 1821-1836*. College Station: Texas University Press, 1994, ISBN 0-8996-585-4.

El estudio de la etapa mexicana de la historia texana ha pasado inadvertido, o ha estado teñido de serias deficiencias de investigación. Tijerina lo ahonda como parte del encuentro de las fronteras del mundo hispánico y del angloamericano, en el espacio y tiempo. El libro, sin duda, llena una buena parte de los vacíos en la historia de Norteamérica, pero deja todavía algunos cabos sueltos que obstaculizan la comprensión del periodo mexicano del pasado texano.

La historiografía mexicana ha arrastrado las acusaciones del partidarismo contemporáneo, y la texana ha sido incapaz de desmantelar la visión mítica forjada por los colonos angloamericanos para justificar el enajenamiento del territorio mexicano. Incluso los historiadores texanos más serios no han podido evitar la tentación de construir sus interpretaciones con base en la declaración de independencia de 1836, a pesar de su indudable objetivo de servir como publicidad para asegurar el apoyo estadounidense. Esta situación explica el empeño revisionista surgido entre los historiadores texanos de origen mexicano, que destacan el papel fundamental de sus antepasados y su cultura en la construcción de Texas, e incluso en el movimiento independentista. Con esta finalidad en mente, Tijerina reconstruye el proceso del poblamiento de Texas desde sus orígenes como provincia de la Nueva España, destinada a defender su frontera norte.

El autor insiste en la diversidad tanto geográfica como poblacional de la zona, en la cual se desarrollaron misiones, presidios y ranchos, y donde los texanos mostraban la típica heterogeneidad racial de los novohispanos. No obstante, plantea que la población llegó a lograr cierta unidad gracias a que su postura creó una tradición castrense para controlar el despoblado, reforzada más tarde con la presencia de los colonos angloamericanos (*texans* o *texians*), cuyas características que contrastaban mucho con las propias de las comunidades mexicanas angloamericanas. Así, el análisis de Tijerina parte de Texas como frontera defensiva, circunstancia que imprime un sello especial a sus comunidades, sus instituciones de gobierno, su sistema de justicia y su organización militar. La reconstrucción es cuidadosa e interesante, aunque en ocasiones se idealicen algunos aspectos o se les remonte al pasado prehispánico, valiéndose de la presencia de colonos tlaxcaltecas. Tijerina incluye a la indomable república tlaxcalteca en el imperio azteca y aventura la opinión de que la importancia que adquirieron los ayuntamientos en Nueva España pudo haber sido resultado de la cohesión original que los *calpulli* habían imprimido en las comunidades indígenas, lo que permitió que los españoles, con sólo sustituir alijefe indio por un ayuntamiento y un alcalde, consolidaran los municipios.

Tijerina muestra, con éxito, la huella que la cultura y las instituciones novohispanas de frontera dejaron en la vida del sudoeste estadounidense. Algunas veces su persistencia ha sido total; en otras se transformaron, como sucedió con las compañías volantes, origen de los *Texas rangers*.

El capítulo más débil de la obra, que es a la vez el más interesante, es el dedicado a la política en Coahuila y Texas. Tijerina percibe con claridad la importancia que tuvo la esclavitud en el movimiento separatista. La principal debilidad del capítulo deriva de su desconocimiento del contexto político mexicano, tan complejo y mal historiado. Como no se basa en la nueva historiografía mexicana, sigue atribuyendo el centralismo a Antonio López de Santa Anna, y a ese cambio de sistema político la causa de la independencia. La lectura de documentos texanos muestra que el movimiento separatista, fomentado por los nuevos colonos decididos por la anexión, había empezado a cobrar fuerza desde 1832, y que justificarlo con el cambio de gobierno no fue sino un subterfugio recomendado por Austin para contar con el apoyo de los federalistas mexicanos que, en efecto, mordieron el anzuelo. Así, don Valentín Gómez Farías sostuvo du-

rante varios años que si se restablecía el federalismo los texanos se reincorporarían a la República. Por otra parte, una revisión de fuentes mexicanas muestra que lo contrario resulta más probable: los centralistas aprovecharon el temor causado por la posible desintegración del territorio nacional, ante las amenazas texanas de independencia, para convertir el movimiento de reforma de la Constitución de 1824 en uno de cambio de sistema político.

Dos personajes merecerían ser tratados con mayor cuidado que el que les otorga Tijerina: John Davis Bradburn y Manuel Mier y Terán, ya biografiados por historiadores estadounidenses. El primero, un oficial de origen virginiano que entró a México en 1817 en las huestes de Francisco Javier Mina y sirvió al ejército mexicano hasta su muerte, ha sido relegado por la tradición texana como tirano, pues entró en conflicto con los texanos al aplicar las leyes con menos flexibilidad que los comandantes de origen mexicano. El insurgente Mier y Terán, por otra parte, fue uno de los más ilustrados y honestos generales mexicanos. Partió al norte en 1827 con una comitiva de científicos y dibujantes, no a inspeccionar Texas, sino a fijar la frontera con Estados Unidos. Era natural que se le encargara informar sobre las condiciones de las colonias angloamericanas. Su informe, sin duda, sirvió de base para la ley de colonización de 1830, que prohibía la entrada de estadounidenses, lo que no obstó para que Mier y Terán expresara su desacuerdo con algunas cláusulas que consideraba impolíticas. Al ser nombrado inspector para aplicar la ley, se aseguró de no afectar a los colonos que ya estaban en camino; mostró interés en proteger a las dos colonias con visos de legalidad y autorizó a Esteban Austin para expedir pasaportes, permitiendo que los colonos entraran a su colonia.

El libro constituye una aportación interesante, y sus limitaciones, derivadas de la casi total ausencia de autores mexicanos en la bibliografía consultada, lo conduce a mantener algunas de las inexactitudes transmitidas por la historiografía texana. Sin embargo, en esta obra puede verse el inicio de una nueva actitud que, esperamos, permitirá una mejor comprensión de un período de la historia de los dos países que ha estado teñido de una parcialidad absurda.

Josefina Z. VÁZQUEZ  
*El Colegio de México*